

Juan Jacobo Rousseau pasó tres meses en una isla, la de San Pedro o de la Mota, en medio del lago de Bienne, y nos dice que fueron los tres meses más apacibles y tranquilos de su recelosa vida. En ellos gustó de lo que con frase felicísima llama «el sentimiento de la existencia». En el *Paseo quinto de los Ensueños (Reveries)* que siguen a sus *Confesiones*, dice: «¿De qué se goza en semejante situación? De nada exterior a sí, de nada, sino de sí mismo y de su propia existencia; en tanto que ésta dura se basta uno a sí mismo, como Dios. El sentimiento de la existencia despojado de toda otra afección es por sí mismo un sentimiento precioso de contento y de paz...»

Salía de su casita en la isleta del lago, íbase a éste, entraba en una barca, llevándola al medio del lago cuando el agua estaba en calma, y allí, tendiéndose cuan largo era en la barca, con los ojos vueltos hacia el cielo, dejábase ir lentamente a merced del agua, a las veces durante horas, sumergido en mil ensueños confusos, pero deliciosos, y que sin tener objeto alguno determinado ni constante no dejaban de ser para su gusto cien veces preferibles a lo que había encontrado de más dulce en lo que se llama los placeres de la vida. Así nos lo dice él. Y allí es donde gustaba ese sentimiento de la existencia pura, que tan cerca está de los arrobos místicos. Porque Rousseau llegó a las veces a una especie de misticismo naturalista.

En esta isla de lago que es una vieja ciudad castellana apaciblemente dormida en medio de las aguas quietas de la historia del pasado, en un remanso de la tradición, y de la tradición hecha piedra, florida en arte, llega uno a gustar también el sentimiento de la existencia, pero de la existencia histórica; llega uno a identificarse en espíritu con una de estas torres que recogen los siglos.

Aquí, en este balcón, como Juan Jacobo en su barca del lago de Bienne, no tendido, pero sí recostado en él, con un libro abierto en el regazo, libro que no se lee, pero de cuya no lectura se recibe sutilísima sugestión. El libro espera y se le hace esperar, y haciéndole esperar se le espera. Y él, que recoge también siglos, y que acaso lo escribió alguno que vió erigir esta torre que aquí enfrente se alza, nos habla con su silencio de lo mismo de que con su silencio nos habla la torre. Y se boga a merced del agua del ensueño, soñando que los siglos hacen torres y hacen libros y que uno es también una torre y un libro hecho por los siglos, que son la Historia.

•Sin movimiento la vida no es más que un letargo; si el movimiento es desigual o demasiado fuerte, despierta; volviéndonos a los objetos circunstanciales destruye el encanto del ensueño y nos arranca de dentro de nosotros para ponernos al instante bajo el yugo de la fortuna y de los hombres y entregarnos al sentimiento de nuestras desgracias. Un silencio absoluto lleva a la tristeza; ofrece una

imagen de la muerte.» Así nos dice Juan Jacobo comentando sus sensaciones del lago de Bienne, y añade poco después: «El reposo es menor, es verdad, pero es también más agradable cuando ligeras y dulces ideas sin agitar el fondo del alma no hacen, por así decirlo, más que rozar la superficie.»

El cielo, tras las torres, va blanqueando con el blancor del atardecer; alguna nubecilla roja se disipa en él; más arriba flotan otras, blancas, como vellones lavados, y cual si la bóveda fuese el suelo de un esquifadero. Los vencejos cruzan el cielo haciendo y deshaciendo negras constelaciones fugitivas y chillando. Cuando una banda de ellos para junto a uno, sobre su cabeza, es como si arriba, en las esferas celestiales, se abriera una puerta de apretados goznes de hierro o como si rechinará la polea de un pozo celestial. Y el seguir el vuelo de los vencejos, sus cambiantes constelaciones, es como contemplar en las rocas de una costa el rompiente de las olas, o en un hogar, en noches de invierno, el llamear de las lenguas de fuego sobre la encina en brasa.

Ayer, uno, trabajando febrilmente sobre la actualidad histórica, arrancando ideas—¡cuán pobres casi siempre!—al suceso del día, al escándalo de turno, atesoraba labor, obra para que después de uno quede; tallaba la piedra de la torre espiritual que nuestra generación ha de dejar a la que le suceda; trazaba la página del libro en que encerrar el alma del alma, lo que del alma de uno va al alma de todos. Y acaso la mejor acción de este libro de uno será que mañana—en ese mañana sin término—, abierto sobre el regazo de otro, y sin que éste lo mire, le ayude a soñar y a perderse en el sentimiento de la pura existencia histórica. Mas hoy hay que atesorar ocio, contemplación, reposo.

¡Cosa dulce atesorar ocio vivo! ¡Y preciosa sabiduría la de saber perderse en el no hacer nada!

Ligeras y dulces ideas sin agitar el fondo del alma no hacen sino rozárnosla en la sobrehaz. Los preñados sucesos de esta actualidad tan henchida de historia, derretidos en ideas, ideas ligeras y dulces por pesados y amargos que sean los hechos de que brotaran, rozan la sobrehaz del alma de uno, y el lejano fragor de la gran contienda es como el chillido de las bandadas de vencejos que cruzan el aire del cielo. Y entonces se comprende que hay un fondo de aguas quietas y obscuras en el lago del alma, un fondo a que no llegan ni estas sacudidas de la tormentosa historia del día. La pura existencia histórica permanece inalterable.

¿Nos está esto cambiando tanto como presumimos que nos cambia? ¿Va a ponernos tan lejos de nuestro ayer? Acaso el pobre Juan Jacobo, el que se dejaba ir tendido en el fondo de una barca y cara al cielo, a merced de las aguas tranquilas en el lago de Bienne, del Santón de Berna, ha cambiado más almas

que pueda cambiar la mayor batalla. ¿No hizo él la gran Revolución tanto o más que Mirabeau o Marat o Danton o Robespierre? ¡Pobre Juan Jacobo, el hombre de la naturaleza... artificial!

Hay que tomar fuerza en estos ocios, en estos ensueños. Y tomar algo que vale más que fuerza y algo que vale más que ideas, y espere de ideas, sustancia que de ellas surjan. La Historia, como un libro abierto en el regazo y en el que no se lee, háblale a uno desde esas torres que erigió el Renacimiento. Y así es como mejor le habla, sin la grosera letra de la tradición tendenciosa. Porque la letra mata, y es el espíritu lo que vivifica.

¿Qué importa las fórmulas tradicionales y aun las tradicionalistas que le den a uno del patriotismo si siente la patria, la patria histórica, al respirar con el pecho del alma el aire tranquilo de los siglos que fueron en estos atardeceres lentos del lago de una vieja ciudad dormida en el recuerdo? ¿Qué importa la letra del libro consagrado?

Cuando uno gusta así en un dulce momento prolongado, en un instante que se alarga, en una cresta de ola que se hace lago, el sentimiento de la eternidad comprende cuán vanas son las disputas para fijar el cuño del verdadero patriotismo, y que el patriota, el buen patriota, es el que hizo vivir a su patria, el que hizo vivir a sus hermanos en ella. Y hacer vivir es, ante todo y sobre todo, hacer pensar.

Ante estas torres doradas por los siglos no se pregunta uno para qué las hicieron. Pudieron hacerlas para una cosa y servir hoy para otra. En ellas están enterradas, empedernidas más bien, las almas de los que las hicieron. Como en el libro está el alma del que lo escribió, no la que él quiso poner acaso, sino la que puso, aun sin quererlo y a no sabiendas. ¿Sabe uno acaso cuál es el alma de su alma?

¿Y sabemos cuál es el alma de nuestra patria? Hay que dejar, pues, que hable desnudas a nuestras almas desnudas, en silencio, sin conceptos, entraña a entraña, cuando nos perdemos así, cuando perdemos nuestra personalidad retusa, en los momentos de abandono al sentimiento de la pura existencia histórica. Y todo lo demás se nos dará de añadidura.

MIGUEL DE UNAMUNO.

